

se fuera satisfecho. Yo recuerdo a este respecto una anécdota que debo citar. Cuando yo estaba dudando si regresar o no a la escuela en la que me había formado, oí a mi primer maestro comentar que la tarde antes había visto en su consulta a un enfermo, al que yo conocía, diagnosticado antes por Marañón de lesiones pulmonares irreversibles; afirmó: «ese hombre tiene un cáncer que Marañón no ha visto». Pocos días después le pregunté a Marañón qué opinión le merecía el caso en cuestión y me dijo: *es un cáncer avanzadísimo en el que nada hay que hacer ya. Le dije que tenía cosas sin importancia, pero la familia sabe la verdad. ¿Por qué no ofrecerle todavía alguna ilusión?* Por eso no le gustaba atribuir a la ciencia lo que los pobres enfermos ignorantes achacaban a milagro. ¿Por qué no aceptar la credulidad en el milagro si ello da cierto tipo de felicidad? A ese respecto escribió estas palabras: *Si se demuestra que la campana de Velilla no toca sola, sino que la tañía un sacristán furtivo, o si se explica por una razón física lo que parecía brote milagroso de una flor, habremos destruido un error, pero el milagro subsiste, porque milagro es la voz de los bronces y el ritmo misterioso de la savia en primavera...*

En ocasión en que me encargó visitara y atendiera en lo sucesivo a una monja carmelita que ahora está en trance de beatificación me dijo: *Cuando penetre usted en aquel convento, todo le causará asombro. Desde la humildad en que viven las monjas, hasta la alegría con que colman su existencia. Allí todo es milagro, querido Vega. Se maravillará usted y comprenderá muchas cosas que no caben en comentarios vulgares.* Y así fue. Aquella monja santa sobre la que el autor de estas líneas tiene publicada una monografía, va a ser beatificada y ya he prestado declaración en el pertinente proceso.

Dice Arango que en el Instituto de Marañón, desde 1915, *se hacía la medicina más extraordinaria que yo observé en ninguna clínica europea...* Marañón gustaba de enjuiciar el diagnóstico de primera impresión dándole vueltas, completándolo después hasta lograr el definitivo; era, según decía, el medio mejor de aprender medicina a diario, de acostumbrarse a discurrir médicamente en la vida total de los enfermos... Tal centro extrauniversitario fue acogido después por la administración. Allí llegó Marañón a ser el mejor maestro de España, como solían decir don Manuel Tapia y don Teófilo Hernando, sin haber tenido que hacer oposiciones a cátedra, que le repugnaban por la corrupción con que se ventilaban. Fue maestro antes de ser profesor, como autor de esta frase: «En todo el mundo se ha hecho del título de profesor un mito, que muchas veces responde a una realidad creadora, la más augusta, la del maestro; pero otras es sólo la bandera de corso para disfrutar de las ventajas que da el ser profesor».

Marañón nunca fue un expositor de teorías últimas discutibles, que las conocía, como lector incansable, sino de las *penúltimas*, como él mismo escribió, que ofrecieran por lo menos *un mínimo de garantías de que no lo tendremos al día siguiente que olvidar*; y como didáctico exponía su propio criterio profundamente interpretado. Tenía también, dice Arango con tino, *menos interés por saber que curiosidad por conocer.* Yo pienso al revés; creo que para Marañón privaban los saberes fundamentales y le resbalaba el conocimiento de las cosas o cosillas...

He trabajado solamente durante once años en el Servicio de Marañón. Entré allí ya adulto, cuando uno ya no se alucina, es decir, cuando se razonan los matices de las cosas y se critica ya lo que antes deslumbraba. Y estos pensamientos que ahora expongo

sobre Marañón no son los de un joven alucinado o deslumbrado, sino los de quien, después de haber cumplido las bodas de oro de su profesión, tiene ya ideas firmes sobre cuanto en la vida le tocó ver e interpretar.

Resumen marañoniano

Marañón seguirá durante mucho tiempo ocupando a los estudiosos de la medicina y de la historia españolas. ¡Cuántas tesis doctorales se irán haciendo sobre los temas más variados, que girarán alrededor de ideas y escritos de Marañón o que, por lo menos, los citarán sin la cicatería de que hicieron gala los que escribieron sobre el bocio. (¿Por qué los españoles seremos tan remisos en citar a los coterráneos que hicieron algún descubrimiento o que abrieron caminos en la ciencia médica? Esto no ocurre tan insistentemente en otras profesiones o ramas del saber. ¿Sólo por ese «pecado capital» que llamamos envidia? He repasado dos de los tratados de patología médica que sirven como textos de enseñanza universitaria actual y en ninguna de las materias concernientes a esos cuarenta y seis puntos que he descrito se cita a Marañón. ¿Es posible que no se caiga la cara de vergüenza a algunos que, para mayor inri, han sido discípulos suyos?)

Todas las vidas deberían poderse resumir en algún rasgo o don elocuente. Pero Marañón, el ente Marañón, no tiene un rasgo único. Toda su vida terrenal fue una sucesión ilimitada de dones, que yo he procurado resumir en las once claves reseñadas.

En los últimos años de vida Marañón no declinó, afortunadamente, ni un ápice, en su refulgente personalidad, aunque mantenía un interés algo diferente sobre los problemas. Le preocupaban más los asuntos humanísticos, por lo menos a juzgar por la cuantía de sus escritos. Causa emoción leer algunos, como el pronunciado en el ayuntamiento de Toledo a los historiadores participantes en el Congreso de Cooperación Intelectual de 1950; como la «charla» con que iluminó las bodas de oro de su promoción médica en la que vertió su concepto de la medicina antropológica, 1959; y como el discurso pronunciado, el mismo año de su muerte, 1960, sobre *La humanidad de Cajal...*

Cenando en mi casa con otros dos matrimonios poco tiempo antes de morir, Marañón dijo una frase que no olvidé. Habíamos estado discutiendo amistosamente sobre cosas serias (de esas que a lo mejor no lo son, pero que los españoles transformamos en tales) y yo las rematé con dos anécdotas de un político asturiano al que Marañón profesaba evidente cariño pues le resultaban simpáticos los tacos con que aderezaba su lenguaje. Marañón, riéndose de aquellas ocurrencias, dijo con sorna: «Coincidirán ustedes conmigo en que lo que más debería interesarnos en el trato social de las gentes son las anécdotas. Todas tienen su lado triste y su lado alegre, pero siempre dan la talla de la personalidad y ayudan a comprender lo que es el mundo».

Hasta que surgió la enfermedad que nos lo robó —un auténtico parricidio del destino—, se mantuvo enhiesto y brillante. Todos los médicos españoles, cualquiera que sea la escuela en que nos hayamos formado, somos algo hijos suyos, como él dijera de Ochoa en relación con Cajal. Siguió siendo el médico que hipocráticamente se entregaba a los enfermos, el extraordinario polígrafo estudioso, el escritor insigne de sencilla locura, el gran fabricante de encantamientos intelectuales. De esa última época quedó una obra en la historia del arte: *Toledo y el Greco*. Como antes dije, Marañón se

impregnaba de emociones en Toledo y se asía al Greco como tabla de salvación espiritual ante lo que le rodeaba. Su obsesión por la ciudad y por el pintor se extravertía e hizo que todos, aunque conociéramos Toledo y hubiéramos recibido luces del cretense, volviéramos una y otra vez a perdernos en ambos y a buscar entre los ancianos mendigos callejeros, los modelos para hacer apóstoles que él encontrara en los locos barbudos de las clínicas psiquiátricas.

Marañón, mi segundo maestro en el tiempo, pero el más humana y humanísticamente formador, fue el sujeto más completo que conocí. El más tranquilo remanso dentro de lo apocalíptico y turbulento del mundo, médico y no médico, que nos tocó vivir a las tres o cuatro generaciones que ocuparon los años de su vida. Laín Entralgo escribió en 1966: *Viviendo, quemando día a día su vida al servicio de su obra, ese hombre nos dio ciencia, dignidad moral, palabra limpia y claridad acerca de nosotros mismos*. En el discurso pronunciado por Mireaux cuando la recepción de Marañón en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, dijo que éste era en un todo equiparable a Leonardo da Vinci. Y el gran clínico catalán Pedro y Pons, después de hablar de la caballerosidad de Marañón, recalcó: *Fue un gran señor, de cuyo trato uno siempre salía reconfortado y comprendido*. También después de su muerte escribió González Ruano, artífice único de notas necrológicas, estas palabras: *Uno, que si usted está enterrado es ya como un desterrado de aquella gran patria de la amistad...* Y es cierto ese sentido ruanescos de la pérdida. Yo he empezado más de veinte veces a escribir sobre Marañón —repito lo que dije al comienzo—, y todas tuve que dejarlo y romper mis papeles con la abochornada sensación de que no sabía o no podía expresar mi talento. El mismo Ruano escribió estas otras dos frases: *Mi amistad con don Gregorio fue algo así como muchas amistades juntas... Acaso lo que más estremece de su figura sean todos los Gregorios excepcionales que se agrupaban en un solo hombre verdadero*.

Desaparecida aquella «gran patria de la amistad», que aureolaba al español que mejor enseñó a sus contemporáneos a hacer examen de conciencia, la medicina española se mantiene, a los veinte años de su ida sin retorno, en estado de orfandad. No hay en nuestro derredor ningún aglutinante que se le parezca, para aunar las honestidades salvables; ningún tranquilizante intelectual que serene las iras como él lo hacía. López Cortejoso, un hombre de estirpe marañoniana, escribió cuando la muerte de Marañón: *... el primer estremecimiento que nos depara nuestra soledad: la sensación de abandono. ¡Ibamos tan seguros de su mano en nuestra empresa de ser algo en el mundo!* Mirando más allá de las realidades podemos decir que desde que Marañón falleció la sociedad española, la cultura española, la política española, la medicina española, están huérfanas. Está huérfana España entera.

Francisco Vega Díaz